

ENTRE "CULTIVAR" Y "EXPLOTAR" (¿Agricultura o Minería?)

DISERTACION DEL Arq. PABLO HARY

Según la tradición académica me corresponde efectuar la semblanza de quien me precediera en el sitial que hoy ocuparé, el Ing. Agr. José María Bustillo, y a fe que el desafío me fue entonando a medida que revisaba la vida y los aportes que realizara este argentino 'lustre, vástago de una familia prestigiosa, cultor él mismo de las más acrisoladas virtudes y cuyo paso por la vida y por esta Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria dejó profundas huellas.

Hombre profundamente laborioso, de inteligencia lúcida y corazón bien puesto, quienes le conocieron dan testimonio de su hombría de bien, de su honestidad, de su modestia. Unía en un haz insoluble el carácter entero y la simpatía. Capaz de discutir con calor cuando estaban en juego ideales nobles o asuntos áridos, era también el hombre de la sonrisa afable, de la conversación amena, capaz de esgrimir la anécdota justa, la ironía sutil y la acotación erudita.

Se ha dicho de José María Bustillo que tuvo tres grandes pasiones. El campo, la política y la historia y en las tres descolló y dejó profundos y vivos recuerdos de su paso.

Las 300.000 hectáreas de campo de su familia en Trenel le dieron amplio margen para desarrollar una cultura agronómica selecta, matizada por la experiencia diaria del trabajo y el moroso saber ajustarse al ciclo del sol y de las nubes. Fue un propulsor de las técnicas más avanzadas, así como un pionero de la colonización privada

y un virtuoso elegíaco que sabía disfrutar de la belleza sencilla y gloriosa de los campos. Por su formación rural de excepción fue llamado a ocupar altas responsabilidades. Fue presidente del Foro de la Libre Empresa, de la Sociedad Rural Argentina, del Banco Sirio Libanés y de esta misma Academia, que condujo durante 16 años.

Su actuación política fue idénticamente amplia y fecunda. Como diputado dejó iniciativas lúcidas en materia de Comercio de Carnes, de lucha contra la Fiebre Aftosa, sobre Arrendamientos, sobre Juntas Nacionales de Carne y de la Yerba mate y sobre Silos y Elevadores. Pero además, sería un pionero del voto femenino o un impulsor del respeto a la voluntad popular, un puntal de la moneda sana, un verdadero administrador.

Designado Ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires nos dejó memorables iniciativas del tipo más variado. Caminos, museos, lucha antituberculosa, mejoramientos en los distritos de la costa, estaciones experimentales, mercados de frutos y el Instituto Autárquico de Colonización que distribuiría miles de hectáreas en condiciones legítimas, y otros muchos.

Como historiador han llegado hasta nosotros escritos vivaces y comprensivos, producto de las pausas de su trabajo incansable en que buscaba alejarse brevemente del mundo cotidiano. Le debemos semblanzas brillantes de Pellegrini, de Ramón J. Cárcano, de Francisco Ramos Mejía. Nos ha dejado descripciones del viejo pago de Monsalvo, hoy Maipú. Nos transmitió

crónicas sobre Mitre, Roca y Sarmiento.

Cuando falleció lo despidieron las voces de quienes representaban las entidades que él prestigió con su presencia. D. Celedonio Pereda por la Sociedad Rural Argentina, el Dr. Francisco José Falabella por el Partido Conservador, el Dr. Alberto Rodríguez Galán por la Asociación Mitre, el Dr. Diego J. Ibarbia por la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria.

Todos ellos destacaron la cuna aristocrática y culta de Bustillo. Señalaron su coraje cívico que lo hizo soportar prisiones por sostener a las instituciones que representaba.

Pasar revista aunque fuera sumariamente de todos los hechos destacados de mi predecesor el Ing. Agr. José María Bustillo, sería abusar del auditorio. Sin embargo, esta semblanza no estaría completa si no destacáramos que fue con Bustillo al timón que esta Academia cumplió etapas cruciales de su desarrollo institucional y superó algunos de sus momentos más difíciles. Ya en 1972, Bustillo había logrado la resolución del Ministerio de Cultura y Educación que concedía a cuatro Academias Nacionales, entre ellas la nuestra, el uso de este palacial edificio. Ese proyecto pasó un largo período de olvido bajo administraciones posteriores, pero en 1980, tras una lucha tenaz y abnegada de los sucesores de Bustillo, su idea finalmente triunfó. Él no estaba ya allí para el disfrute de ese anhelado paso adelante. Sin embargo, las autoridades de ese momento destacaron unánimes la importancia del acto fundador de José María Bustillo en la ocupación de este predio que nos llena de orgullo y nos permite adelantar dignamente los trascendentes cometidos de nuestra acción institucional.

Por si fuera poco, nuestra Biblioteca Bustillo ha sido donada a la Academia y conserva entre nosotros un recuerdo vivo del espíritu de su poseedor.

De él pudo decirse que "fué el jornalero infatigable que derrama la semilla anónima a lo largo del surco de la vida, preparando la cosecha para todos, sin cuidarse de la gloria ni del provecho propio".

Suscribo emocionado estos concep-

tos que me abren una puerta ancha para ingresar a esta institución. Seguir por parecida senda representa un desafío apasionante.

Me será difícil, después de las amables palabras que acabamos de oír, no caer en esa vieja trampa llamada presunción.

Cuestiones demasiado serias nos rodean y nos convocan. No hemos de abordarlas a la ligera. Por otra parte, he vivido durante demasiados años en contacto directo con nuestra gran Maestra Naturaleza, galopándola en todas direcciones, para perderme hoy en el laberinto de las frases hechas y de las fórmulas convencionales.

Algo importante debo subrayar sin embargo, antes de comenzar. Algo fundamental. Fundamental como síntoma, fundamental también como precedente. Me refiero a un hecho, ciertamente destacable: esta Academia de Agronomía y Veterinaria, admitiendo en su seno a una persona ajena, extranjera a las disciplinas que cultiva. En este caso: un arquitecto. Nada que ver, nada en común salvo, tal vez, ciertas posibilidades de entendimiento por arriba, eso que resulta de la equivalencia de nivel por la común formación universitaria. Similitud de nivel escolástico pues, superando y sobrevolando la diversidad de las realidades contingentes.

Es pensando en estas cosas acudiendo a mi frágil memoria, y algo a mis libros, que encontré un caso histórico, y en cierto modo clásico, de este tipo de extrapolaciones que la formación universitaria admite... y aún festeja... Viene al caso...

Tiene que ver, además, con la arquitectura. Pero al revés. Se trata de la polémica que en su tiempo desencadenó el proyecto, y posterior construcción, de la famosa —clásica en los tratados de arquitectura y destacada en las guías turísticas— la famosa, pues, columnata del Louvre, proyectada por un médico... Cómo estará de enferma la arquitectura que acuden a un médico, decían entonces...

Precedente clásico que acalla los escrúpulos de un arquitecto admitido hoy a sesionar en esta alta Academia de Agronomía y Veterinaria. Cómo

estará de confusa la agronomía, pensará alguno (recordando lo del Louvre), que acuden a un arquitecto para dibujarla y ordenarla...

Pero concretemos. Aterricemos. Aprovechemos esta oportunidad que se nos da, para decir algo sobre las obligaciones y responsabilidades, tanto económicas como morales que, como contraparte, traen aparejadas la posesión, el manejo y el uso de la tierra. Es lo que anuncia el título de esta conferencia. Se trata de algo esencial, fundamental, que no se debe ver con ojos y criterio de propietario absoluto ("jus utendi et abutendi") sino con ánimo de custodios y responsabilidad de administradores. No con mentalidad de bolichero sino asumiendo la carga como deber ante la Sociedad. Es eso que se llama solidaridad y es generalmente propuesto como módulo o referencia para definir la nobleza de una acción.

Demás está, pues, insistir sobre la responsabilidad que esto trae aparejadas mucho más allá que el dividendo, que las divisas, que el balance de pagos, y más allá también que esa demagogia distribucionista que floreció aquí en ciertas vísperas electorales. Y ya que estamos criticando: más allá también que la partición forzosa del Código Civil, ese imparable tropiezo de la economía de escala.

Se trata de una responsabilidad fundamental, ya claramente inscrita en las Sagradas Escrituras: El Creador dio la tierra a los hombres para que la cultiven, se alimenten y vivan. Y no sólo hoy, sino también mañana y pasado mañana. Es el Segundo Mandamiento del Decálogo. Nada que ver con lo que implica ese término de "Explotación Agrícola". Porque la tierra, señores no se "explota". La tierra se "cultiva". "Cultivar" "explotar": dos ideas, dos programas, dos filosofías.

Tal es la intergiversable, la dura condición impuesta, no a una generación no a esta generación, sino a todas las generaciones, hasta el fin de los tiempos. Norma, o principio, o "modus-vivendi" que fue respetado, tácita o explícitamente en Europa, hasta hace relativamente poco tiempo. Recuerdo haber visto, entre los papeles de mis

antepasados en el Norte de Francia, algún viejo contrato de arrendamiento con la cláusula que obligaba a "cultivar" la tierra "en bon père de famille"... es decir, no a "explotarla" sino a "cultivarla", a guiarla. No a empujarla, no a forzarla. Sentencias éstas que valen, no para una generación sino para todas las generaciones, hasta el fin de los tiempos. Completar la Creación, y no arruinarla, es lo que Dios espera de nosotros. Sentencias fundacionales éstas que justificarían un desarrollo en profundidad. Pero no hay tiempo.

Mientras tanto, concretemos y sinteticemos. Como dije otra vez: "subamos a la torre del molino para ver un poco más lejos". De todos modos, no es fácil.

Comencemos por hacer un distingo, aparentemente chocante en este lugar y en este momento pero importante y previo: se trata de deslindar los campos de acción recíprocos de las distintas técnicas como así también de la oportunidad y del tiempo de su inserción, introducción en la vorágine de los hechos económicos y sociales, en la producción, en la vida, en la historia. Se trata de decir acerca del tiempo oportuno, y también de la forma y del lugar de aplicación de las técnicas. Esa es la función de la inteligencia, (de intelligere: entender). Y eso, señores, no hay fórmulas no hay manual no hay computadora que lo resuelva. Y no puede haber máquina que lo resuelva porque es un arte es decir algo no sistematizable, no mecanizable, algo personal que requiere capacidad, interés, responsabilidad, cariño, y una vocación especial. Cuando los hombres se olvidan de estas cosas, o cuando, por novatos las ignoran, o aún, por soberbia las subestiman, la realidad obliga a aterrizar. Testigos, entre otros, las catástrofes ecológicas de la Selva Amazónica y de la Presa de Assouan, cada una en su estilo. En apoyo a estas afirmaciones, y además, los incontables, inocultables fracasos que resultaron de cuanta Reforma Agraria política (hectáreas contra votos) se intentó en el mundo.

En la Unión Soviética, campo de acción privilegiado de los "tiranos-burócratas", se han dado ejemplos aluci-

nantes, pagados muy caro, de este tipo de errores: desertificación, malformaciones en hombres y en animales, hambre, etc. Es la agricultura industrial enloquecida por no haberse respetado las leyes de la Naturaleza, la cual da, así, una lección. En escala más modesta, nosotros también tenemos experiencia de esto: la sequía del 49/50, pampero, heladas, etc. que viví y aguanté personalmente. "El humus de mi campo fue a parar a la Plaza de Mayo" dije entonces. Con nosotros quedaba la arena. Con los faros prendidos en pleno día.

Y todo este rodeo, señores, para llegar a la conclusión: es obligación principal nuestra, subiendo a la torre del molino, como decíamos, mirar un poco más lejos para ver qué se hace, para ver adónde se apunta con eso que ahora estudiamos y proponemos a vuestra consideración.

Casi nada lo que cargo sobre las espaldas de esta Academia, que hoy me hace el honor de admitirme en su círculo.

Y no hago estas afirmaciones como una corazonada, como un "Coup-de-Tete", y tampoco por seguir la moda, sino reflexionadas con otras disciplinas que deben converger para mejor servir al Bien Común, al interés general. Algo así como la afinación de los varios instrumentos que componen una orquesta. Eso también es un arte. Y no de los menores. Nada más y nada menos es el "arte de gobernar". "Arte de gobernar". Arte de las artes.

Esto es importante, señores: ¿Para qué, sino, la técnica agronómica (y cualquier otra) si no es para utilizarla, sabiamente integrada con otras disciplinas, para servir al interés general?

Aquí convergen, pues, y se han de armonizar, y adecuar recíprocamente, la técnica y el arte, la política ca... esa política, que también es arte desde que no conoce regla, o manual, en el cual apoyarse para hacer frente, derivando, orillando los riesgos del caso.

En la Sagrada Escritura, que tiene los pies en tierra más de lo que la gente cree, en algún lugar, no recuerdo si en el Génesis o en otra parte, tal vez en San Pablo, está dicho que Dios nos dio la tierra para cultivarla (CUL-TI-VAR-LA), y por ese medio ali-

mentarnos y alimentar a nuestros semejantes. No nos la dio para beneficio de una generación, sino para servir a TODAS las generaciones. Ciertamente NO para EX-PLO-TAR-LA y destruirla.

Porque, señores, y termino saliéndome del tema una vez más con una metáfora: así como una mina o un pozo de petróleo se "Ex-plo-tan", así como un malvado "explota" los encantos de una mujer, así también un desalmado, un ignorante, un egoísta, o todo eso a la vez, puede "ex-plo-tar", sacar el jugo a un lote de tierra, pensando (¡si es que alguna vez pensó en algo!) que las generaciones venideras se las arreglen como puedan con lo que quede de fertilidad después de su paso. Dice la leyenda que así también hizo Atila.

Pésima, destructiva, anárquica, despreciable filosofía, mentalidad disolvente, mentalidad de advenedizos, de parásitos, mentalidades primarias que me hicieron decir, alguna vez, y lo repito ahora, que estos problemas nuestros son de mentalidad y de formación, más que de desconocimiento técnico, y que, por eso mismo, tienen más que ver con el Ministerio de Educación y Cultura, que con el de Agricultura o con cualquier otro. Más con el DECALOGO que con la TABLA DE LOGARITMOS.

Por fin, señores, (hay que pensar en todo): mi incorporación a esta Academia de Agronomía y Veterinaria, es como el broche de mi "curriculum vitae". Es algo que mañana facilitará la tarea de quienes tengan que hacer historia. Por lo menos, de este feliz acontecimiento podrán hablar...

Y además, y para que quede en las actas, y en el recuerdo, una de las singularidades de esta incorporación mía a la Academia de Agronomía y Veterinaria, más allá de las serpentinas de las frases amables, es que no soy profesional formado en las escuelas "ad-hoc".

Es una razón más para agregar, confirmando todo lo dicho. Es un hecho que nadie debe ignorar y que se suma a la altura, al nivel, a la nobleza, a la apertura, al clima que reina en esta Casa, en esta Academia... todo lo cual se agrega al orgullo que me embarga al ser admitido e incorporado a su elenco.